

LA LITURGIA MONÁSTICA HOY EN LATINOAMÉRICA

Hablar hoy en día de una “liturgia monástica en Latinoamérica” desde un punto de vista puramente *formal* y *homogéneo* resultaría no solamente pretencioso sino mismo aventurado por dos razones fundamentales: 1) nuestro monaquismo es incipiente¹ y recién está comenzando a dar los primeros pasos en una dimensión latinoamericana auténtica, que incluye diferencias de contexto geográfico-histórico, sociocultural y religioso, muy marcadas aún dentro de nuestros mismos países. 2) coincidentemente con estos “tanteos”, la situación se complica al agregarse el “hecho eclesial” de vivir en una época donde el “cambio” se manifiesta como expresión de lo provisorio y transitorio. El análisis de estas dos razones deberemos dejarlo en manos de los futuros historiadores del fenómeno monástico latinoamericano...!

Si algo se podría decir es en relación con una liturgia monástica de tipo experimental (también balbuciente!), pero eso sí, *existencial* y *vital*. El carecer de una real y enraizada tradición monástica (sin desmerecer las “tradiciones” que hemos recibido del exterior), paradójal y providencialmente está permitiendo a nuestras comunidades “buscar” con más libertad y soltura en un *pluralismo sano y complementario*, su propia “respuesta”, adecuada a las exigencias particulares de cada una de ellas. Como en todas las circunstancias de la vida esto lleva también un peligro: el de transformar un pluralismo bueno y necesario en un relativismo dispersante y negativo y por lo tanto anti-eclesial.

Así y todo se comienzan a vislumbrar ciertos resultados que nos hacen ser optimistas y confiados en el aspecto de la “liturgia monástica” que siempre será una manifestación de nuestra vida. Y es en este punto donde tal vez convendría poner más énfasis.

Se debería hablar más que de una liturgia monástica, de una *liturgia de los monasterios*, es decir que toda la OBRA DE DIOS, en el sentido amplio de la palabra, donde va incluida la oración comunitaria y personal, fuera la expresión natural y objetiva de la vivencia interior de cada uno y de todos los miembros del monasterio. Entonces sí se podrá hablar de una “liturgia de un monasterio”: existencial y vital, cuando brote espontáneamente de las inquietudes y del aporte generoso de cada monje. Entonces sí, sin buscarlo como fin, las comunidades monásticas serán centros litúrgicos injertados plenamente en la Iglesia local y Universal. No se tratará ya de pretender dar normas litúrgico-pastorales ni de realizar estrictamente un “apostolado litúrgico” al estilo antiguo, sino que naturalmente y sin pensarlo, los monasterios serán un testimonio vivo de fe y oración.

Si una comunidad monástica, pese a las múltiples e inevitables dificultades, busca un clima de sincera reflexión y profundización en la PALABRA DE DIOS, y en un trabajo mancomunado, proyectar en su liturgia esa-su-experiencia vital y comprometedora, podrá decirse que en ella se realiza una liturgia en espíritu y verdad.

Lógicamente habrá, que complementar con los aportes de la verdadera tradición litúrgica (sin caer en arqueologismos), para con audacia y equilibrio no angustiante, ¡mirar hacia adelante con serena actitud de... pobreza!

Esta actitud nos parece importante. Pobreza en este caso consiste en no pretender solucionar todo desde el “ya”, en tener la suficiente dosis de humildad, de paciencia y de apertura, para ser conscientes de que las generaciones que nos siguen tienen mucho que hacer, y que serán ellas,

¹ Nos referimos a las comunidades benedictinas y cistercienses del Cono Sur.

con otra mentalidad, otras inquietudes, otra capacidad, pero con una misma vocación, las que plasmarán lo que otras iniciaran. Lo que no nos exime de pensar a nosotros de que hay más que nunca tienen vigencia las palabras de Newman: “vivir es cambiar, y el cambiar mucho hace perfecto”.

*Prior del monasterio de Santa María de Los Toldos
Argentina*